

cuyo juicio de historiador me inclino con respeto". Cabe incluso percibir alguna reticencia ante mis juicios acerca de sus obras. Pronto se desvanecería conforme aumentaba el afecto. "Para el señor don Francisco José Fernández de la Cigoña, gran paladín de la verdad histórica y teológica de la España inmortal" (8-II-1992). "Para don Francisco José Fernández de la Cigoña, con profunda gratitud" (18-XI-1994). "Para don Francisco José Fernández de la Cigoña con mi gratitud y deseándole que la Sagrada Familia le proteja con los suyos" (24-XII-94). "Para el señor don Francisco José Fernández de la Cigoña, providencial historiador de la Hispanidad, con mi admiración y mi gratitud" (25-XII-97). "Para mi maestro en Historia de España don Francisco José Fernández de la Cigoña, con mi más agradecido reconocimiento" (12-III-98). "Para don Francisco José Fernández de la Cigoña, con mi gratitud por sus singulares bondades" (30-III-98).

Maestro en tantas cosas, ejemplo en el combate por la causa católica... Gracias... Gracias a Dios por tí. Gracias a tí por tí.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA

## BALTASAR PÉREZ ARGOS, S. J.

En el pasado verano ha fallecido en la Residencia San Ignacio de Alcalá de Henares, donde vivió los últimos veinte años. Nuestro querido colaborador el padre Baltasar Pérez Argos, de la Compañía de Jesús, a la edad de ochenta y nueve años. Nacido en Burgos, hijo de militar, donde es bautizado, recibe la confirmación en Melilla a los siete años. Ingresa en la Compañía de Jesús en 1927, ordenándose de sacerdote en Granada en 1939 tras una completa formación primero en el Puerto de Santa María y después —por la expulsión de los jesuitas durante la República— en Bélgica, Italia y Portugal. A partir de entonces una larga docencia, casi todos los cuarenta y los cincuenta en el filosofado de la Compañía en Chamartín, y luego Méjico (1958-1961) y los Seminarios de Guadix (1961-1966) y Sigüenza (1967-

1981). En esta época —en los primeros ochenta— tuve ocasión de tratarle, pues tras haber coincidido con él en las Reuniones de amigos de la Ciudad Católica volvía a encontrarle en la ciudad seguntina, con la que estoy afectivamente vinculado, por tener mi familia casa allí y haber pasado de resultas muchos de los veranos de mi juventud. Recuerdo incluso de aquella época algunos de sus desencuentros con otro querido y sabio amigo mío, fallecido hace años, el padre Manuel de Tuya, de la Orden de Predicadores, también profesor de Sigüenza, y la discreta labor de mediación que hube de hacer para aproximar a estos dos religiosos ortodoxos, distanciados por causa de sus temperamentos y carismas bien distintos. Pero esta reseña biográfica ha de resultar por fuerza incompletísima, y sé también que algún período de su vida lo pasó en Méjico.

Yo le recuerdo siempre activo y militante en las causas de la tradición católica de España y de la sana doctrina. Así, como he dicho, frecuentó algunas de las reuniones anuales de amigos de la Ciudad Católica, y escribió con relativa asiduidad en estas páginas, pero también colaboró activamente en *Roca Viva*, *Iglesia-Mundo* y *Fuerza Nueva*. Por otra parte, su sensibilidad hacia los problemas de la reforma litúrgica posconciliar le hicieron entusiasta defensor de la liturgia romana antigua, codificada por San Pío V y llamada a veces por lo mismo tridentina. Finalmente, no puedo dejar de recordar su condición de capellán carlista, que exhibía con orgullo, celebrando las misas anuales del día de San Carlos Borromeo, de los mártires de la Tradición o de la peregrinación al Cerro de los Ángeles.

\* \* \*

El repaso de los índices de *Verbo* muestra que sus colaboraciones no son de la primera hora sino que comparecen desde los años ochenta. De hecho, la primera referencia al padre Pérez Argos que figura es la reseña de su libro *Política básica*, en el año 1980, precisamente por quien firma esta nota. Luego, en cambio, a partir de 1984, hallamos una cumplida quincena de ensayos que giran sobre la interpretación de la libertad religiosa

en la declaración conciliar *Dignitatis humanae*, sobre temas hispanoamericanos y algunas colaboraciones de matriz filosófica. Sus contribuciones sobre la libertad religiosa, polémicas, dieron lugar a algunos intercambios de pareceres, como el que protagonizó con nuestro querido maestro el profesor Rafael Gamba. Su tesis, procurando salvar el documento, era, sin embargo, que en su confusión se requería una intervención magisterial que disipara las dudas. También de interés son sus artículos sobre Vasconcelos y Ezequiel Moreno. Y sus ensayos sobre los cuatro pilares de la doctrina católica, volviendo sobre algunas de las cuestiones que había tratado en su libro, antes aludido, *Política básica*, concebido como un catecismo, con preguntas y respuestas, de notable utilidad — pese a algunas discrepancias que inevitablemente se pueden tener hacia algunas de las tesis— y que se tradujo al francés.

Más allá del radio de nuestro concreto quehacer, pero no desde luego del sentido más amplio de nuestro apostolado — de raíz religiosa— social y político, *Roca Viva* se lucró de su colaboración frequentísima, siendo uno de los pilares de la redacción, junto con don Luis Ruiz Galiana, su fundador y primer director, y el padre Bernardo Monsegú, pasionista, segundo director hasta la desaparición de la revista el pasado año, aunque por la enfermedad del querido padre Monsegú, como he tenido ocasión de contar hace poco en estas páginas, fuera el que suscribe quien se ocupa de la misma en los últimos años. Precisamente fue el padre Pérez Argos una de las pocas voces en significar que había percibido el cambio de la revista bajo mi impulso y que le complacía singularmente la intención que había adivinado, enviándome al efecto una expresiva carta. Lástima que la exigüidad del cuerpo de redactores y lo escurrido de la bolsa segaran tal renovación.

Uno de los últimos artículos que redactó para *Roca Viva* y que ésta acogió en sus páginas fue la defensa de la misa piana, una de sus obsesiones durante sus últimos años. Le recuerdo celebrando la santa misa según ese venerable rito, allá por la primera mitad del decenio de los ochenta, en la capilla de la Hermandad Sacerdotal de San Pío X, fundada por monseñor Marcel Lefebvre, sustituyendo al prior, el padre Felipe Pazat, con motivo de algún viaje. Recuerdo también sus *memoranda* enviados a la

Hermandad de San Pedro, tras el doloroso hecho de las consagraciones del año 1988, para intentar difundir en España el conocimiento de la misa tradicional. Por eso, comenzó a celebrarla los domingos por la tarde en una capilla exenta de la Iglesia de San Ginés y luego en el Convento de las Monjas Concepcionistas, por la Latina, según creo. También por lo mismo ofreció su colaboración al padre Ricardo Ruiz, del Instituto de Cristo Rey, instalado en la Ermita de la Virgen del Puerto y hostigado por la curia diocesana, quizá desde su mismo vértice, pese a haberse autorizado el culto con base en la carta apostólica *Ecclesia Dei*, para cuya aplicación se creó incluso una Comisión pontificia. Una de las últimas conversaciones extensas que tuve con él fue a propósito de la necesidad de poner en conocimiento de las autoridades romanas la situación en la diócesis de Madrid.

Finalmente, también coincidía con el padre Pérez Argos en la lealtad a la causa del carlismo tradicionalista. Su labor como capellán de la Comunión madrileña ha sido extraordinaria en los últimos años. Celebrando las mismas antedichas, participando en los distintos encuentros, aconsejando, animando, acompañando. Siempre alegre y entusiasta. Vital y jovial. Como una buena parte de los notables jesuitas que he tenido ocasión de tratar resultaba de una extraordinaria independencia, a veces casi una isla, e igualmente de una tenacidad fuera de lo común. El marasmo de su orden hubo de sufrirlo con intensidad. Como hubo de buscar una fórmula de supervivencia que le permitiera permanecer fiel al carisma ignaciano tal y como lo conoció y amó en el interior de una estructura profundamente transformada y aun trastornada. Ha sido el sino de tantos jesuitas, compelidos a trabajar al margen de la nueva compañía, cuando no a realizar fundaciones independientes. En este sentido, recuerdo al padre Pérez Argos, quizá de una inteligencia nada extraordinaria, como un personaje notable y admirable. Otro hueco en la trinchera del catolicismo tradicional, todavía más desguarnecida en lo que a clérigos se refiere. Que descanse en la paz del Señor al que amó y sirvió con tanto entusiasmo.

MIGUEL AYUSO